

Santa Catalina, Símbolo de la Resistencia

Pobreza. Enfermedad. Sufrimiento. Esa era mi realidad cada día cuando me levantaba en mi pequeña casita en la periferia de mi querida ciudad natal: Jaén. Para mí, aquellos conceptos eran algo común y corriente; me había criado con ellos. Para mis padres, sin embargo, eran el resultado de una mala gestión de nuestra ciudad, que se había ido viendo empequeñecida con el paso de los años.

En 1473, cuando nuestro alcaide Miguel Lucas de Iranzo fue asesinado, todo el mundo supo que se avecinaban malos tiempos, pero jamás imaginamos que serían tan malos, ni tampoco que durarían tanto. Todos esperábamos que fuera su hijo, Luis de Torres, quien ocuparía su puesto cuando alcanzara la mayoría de edad, pero no fue así. Los Mendoza sustituyeron al Iranzo y ocuparon su puesto, aunque ni uno solo de ellos puso un solo pie en la ciudad. Tras la muerte del I Conde de Tendida, su hijo, Íñigo López de Mendoza ocupó su puesto. Y con ello, también nuestras cosechas. Por aquel entonces nuestras cosechas ya eran pobres, pero todo empeoró cuando las Sacas empezaron. Nuestro grano fue exportado a Granada, lugar de residencia de los Mendoza, además de a otros territorios. Con lo poco que nos quedaba, apenas teníamos para saciar el hambre. Estábamos débiles y esa debilidad propició la entrada de enfermedades. Pero ni siquiera el fallecimiento de Íñigo, un año atrás, nos libró de aquello, pues su hijo continuó con su tradición de horrores y escasez. Y fue este sufrimiento prolongado en el tiempo lo que había llevado a mi querida Jaén a la mala situación en la que se encontraba a día de hoy.

No obstante, para mí el día a día era más bien algo establecido. No quiero decir que fuera fácil, claro. Por las mañanas, me levantaba, iba al mercado, regateaba con los vendedores, volvía a casa y ayuda a mi madre en la cocina. A medio día, cuando mi padre regresaba del campo, comíamos en

familia. Después mi padre volvía al trabajo y yo ayudaba a mi madre con la casa o salía a que me diera el aire.

Y eso era justo lo que había echo la mañana en que empezó todo. Me levanté y dejé la casa un par de horas después de mi padre, mientras mi madre seguía durmiendo. Fui al mercado, consciente de que con lo mal que estaba la vida iba a estar lleno de gente que merodeaba y regateaba para conseguir algo que comer. La gente allí no dejaba de moverse, la marea de personas te arrastraba y casi te impedía detenerte. Casi. De alguna manera, el chico frente a mí había logrado imponerse sin ser arrastrado. Por desgracia para mí, que iba mirando el suelo. Choqué con él de forma estrepitosa y, sinceramente, bastante patética. Por suerte para mí y también como forma de aumentar mi vergüenza, el chico logró enroscar un brazo alrededor de mi cintura, evitando que yo cayera. Una vez estuve estable y se aseguró de que no me caería, me soltó con suavidad. Durante todo el proceso, lo único en lo que pude fijarme fueron sus ojos, azules y profundos. Después en su cara, extrañamente limpia. Y cuando me soltó lo que noté fue lo acicalado y erguido de su porte. Definitivamente aquel chico no era de allí. No estaba acostumbrado a ver tanta suciedad y miseria reunidas en un mismo sitio. Probablemente se había criado en ambiente más limpios... y mejor abastecidos.

-¿Y bien? ¿Paso la prueba?

-¿Cómo dices?

El chico se lacó el cuello, nervioso. Con voz trémula, se repitió.

-Que si paso la prueba. Te he visto mirarme. Parecías... inquisidora.

Es cierto, me lo había quedado mirando. Y para colmo, me había distraído de mi verdadero cometido: abastecerme y volver a casa. Sin molestarme en responder, lo rodeé y seguí mi camino. Mi intención era perderme entre la gente, pero su voz me retuvo.

-¡Espera! Quizás puedas ayudarme. Verás yo no soy de aquí y me vendría bien un guía...

Me giré a mirarlo. Realmente parecía perdido. Lo observé con detenimiento. Tendría un año más que yo o así. Alto y agraciado. Parecía parte de la nobleza. Quizá lo fuera. Pero, si era así, ¿Qué hacía aquí, solo y entre la gente corriente? Por que lo cierto es que sí que parecía algo perdido. Pero no podía ayudarle. Corrían tiempos difíciles y bastante tenía con mirar por mí y mi familia.

-Lo siento, chico, no puedo ayudarte. He de conseguir algo que comer.

Y sin pararme a escuchar su respuesta, me marché de allí. Caminé entre la gente, regateé, conseguí una comida relativamente decente y volví a casa, a ayudar a mi madre a prepararla. Mientras cocinábamos y, como era costumbre, le conté cómo había transcurrido mi mañana. También el pequeño encuentro con el chico-noble y su petición de ayuda. Mi madre, como siempre tenía algo que decir.

-¿Iba solo? ¿Un noble? Quién sabe, quizás era un fugitivo.

-No lo creo mamá- reí-. Lo cierto es que sí parecía perdido.

-En ese caso probablemente deberías haberlo escuchado. Delia, hija mía, llevas siglos centrándote en sobrevivir tú. La gente está sufriendo. Sé que intentas protegerte, y también a mí y a tu padre, pero hay más personas ahí fuera. Quizás ese chico solo necesitaba que le dieras una indicaciones, quién sabe. Cualquiera que fuera su problema, creo que al menos deberías haberle permitido

explicarse. Al final, no pierdes nada con ello. Y quién sabe, quizá la cosa fuera hoy por él, pero tal vez mañana sería por ti. Lo que quiero decir es que no te cierres a nuevas oportunidades, hija mía. Ni a nuevas personas que puedan entrar en tu vida.

Durante la comida, mi padre nos contó a mi madre y a mí lo mal que estaban los cultivos ese año. A ese ritmo, y con las Sacas, no aguantaríamos mucho más. La noticia me aturdió y deprimió a partes iguales. Por mucho que quisiera, no podría llevar comida a casa sin el dinero que nos proporcionaba la venta de la cosecha. Así, en mis cavilaciones, no noté al chico que se acercaba a mí mientras que estaba lavando en el arroyo hasta que lo tuve delante.

-Hola. ¿Te pillo en mal momento?- preguntó el joven de aquella mañana en el mercado.

-Tú. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

-Pregunté por ahí y di con tu casa. Tu madre me dijo que estarías aquí. Escucha, tengo que contarte algo que podría serte útil.

Al principio, dudé. Pero el chaval parecía tener buenas intenciones. Además, recordé el consejo que aquel mismo día me había dado mi madre. Y dado que ella fue quien le proporcionó al chico mi paradero, supuse que querría que le diera una oportunidad. Así que, tras un momento de duda, accedí a escucharlo. Y menos mal que lo hice. El chico me contó que se llamaba Luis II de Torres, y que era ni más ni menos que el hijo de Luis de Torres y nieto de Miguel Lucas de Iranzo. Su padre lo había engendrado cuando aún vivía en la corte, pero se retiró a la vida espiritual antes de que él naciera. Ahora, Luis II había vuelto para conocer la ciudad natal de su padre y, tras ver en la miseria en la que se hallaba su pueblo, quería rebelarse ante Salvador Caro de Rojas, el teniente de alcaide

de los Mendoza con la intención de recuperar la alcaidía de Jaén y ayudar a recuperar su antigua gloria. Y para eso, necesitaba ayuda de alguien que conociera la ciudad, alguien como yo.

Y esta vez no me negué a ofrecer mi ayuda. Lo acompañé hasta la casa de Juan, panadero de la ciudad, y posiblemente el hombre que más se preocupaba por ella. Juan nos puso en contacto con unas cuantas personas interesadas en ayudarnos e hizo que se corriera la voz de lo que iba a ocurrir entre el pueblo llano. La gente, esperanzada, se lanzó a contribuir en lo que pudo. Gracias a ello, intercambiamos información con uno de los chicos que trabajaba llevando víveres al teniente y su guarnición. Además, el herrero de la ciudad nos previó de armas que necesitaríamos para tomar el castillo. Porque sí, íbamos a tomar el castillo de Santa Catalina, que se alzaba en el Cerro.

Unas noches después, y aprovechando que la mayoría de los hombres de Caro dormían, nos aproximamos a la fortaleza por el castillo de Abrehuí. Continuamos por aquellas murallas hasta llegar al Alcázar Viejo, que contenía los restos de la antigua fortificación islámica que se había erigido allí años atrás. Nos colamos en el alcázar, y esperamos al cambio de guardia. Luis y yo seríamos los encargados de vigilar. Tras de mí, hombres y mujeres como yo, en mi misma situación de pobreza, se ocultaban en las sombras del castillo. Y para qué mentir, había varias. Porque aquel castillo que se alzaba en lo alto del cerro tenía muchísimos rincones y pequeños recovecos. Aun en las sombras de la noche, pude intuir la belleza que constituía parte del propio castillo. Por un segundo, me pude imaginar a mí misma subida en lo alto de una de las torres, observando a mi querida ciudad natal desde arriba. Definitivamente, aquella sería una vista privilegiada.

Luis me dio un toquecito en el brazo, advirtiéndome del cambio de guardia. Ambos intercambiamos una miradas con nuestros compañeros en la sombras. Y después atacamos. Con sigilo, llegamos a el Alcázar Nuevo e irrumpimos en él. Con valentía digna de caballeros de plata, mis conciudadanos se

dirigieron a las que intuimos que serían las habitaciones de la guarnición. Luis, Juan y yo fuimos a los aposentos principales, donde Salvador Caro continuaba durmiendo. Cuando quiso darse cuenta, tres hojas de espada apuntaban a su garganta. Allí mismo, lo atamos con los cortinajes de la cama. Entonces Juan nos abandonó en busca de noticias del resto, que no tardaron en llegar. Aquellas nuevas serían las que sellarían el destino de nuestra ciudad y el futuro de aquel castillo.

Aquella no fue una noche sangrienta, como muchas otras que ha habido. La guarnición, tan desprevenida como su teniente, no pudo reaccionar ante nuestra emboscada y se rindió. Con el teniente y sus hombres bajo custodia, se iniciaron unas negociaciones con los Mendoza, que junto a sus majestades accedieron a ceder la alcaidía a Luis, siempre y cuando se demostrara que era hijo de Luis de Torres. Aquello fue algo más complejo, pero tras escuchar las declaraciones de aquellos que habían estado presentes en la vida de Luis II y no pudiéndose negar la similitud entre este y los retratos que mostraban a su padre a su edad, al cabo de poco tiempo Luis se instaló en el castillo de Santa Catalina como su legítimo alcaide.

Tras aquellos acontecimientos, Luis II de Torres cumplió sus promesas. Terminó de una vez con las Sacas y se implicó a fondo en ayudar a sus ciudadanos en todo lo que le fuera posible. Poco a poco, con su asistencia, Jaén se fue recuperando. Es por ello que, a partir de aquel año, independientemente de que las puertas de su morada siempre estaban abiertas a aquel que lo deseara, las puertas del castillo se abrían durante una semana entera en la cual la construcción se decoraba y se llenaba de música y comida, en rememoración de lo ocurrido, como símbolo de prosperidad y mejora, símbolo de nuestra ciudad querida, Jaén.

Desde aquel momento, fueron miles las veces que subí a las altas torres de la fortaleza, disfrutando de las vistas, pero también de la maravilla arquitectónica que reinaba en lo alto del aquel Cerro.